me cogieron cuando estaba velando el cadáver de Nanna, mas era tan profundo mi dolor, que no quise defenderme, y despues de habérseme atado de piés y manos, me condujeron á Civita-Vecchia, desde cuyo punto pasé á Roma al cabo de algunos meses. Poco tiempo despues me pusieron en libertad, haciéndome jurar que respetaria la autoridad del Papa y que serviria fielmente á ese impostor, á ese déspota, causa de tantas desgracias. Yo juré, capitan, os lo confieso, pero al mismo tiempo he jurado hacer la guerra mientras viva, sin tregua ni descanso, á toda esa canalla de quien seré siempre el mas encarnizado enemigo.

CAPITULO LII.

Los Cairolis y sus setenta compañeros.

Un pueblo bien gobernado no se rebela nunca: los motines y las revoluciones son las armas de los oprimidos y de los esclavos, pero la tiranía es la que produce los unos y los otros. Puede haber sin embargo alguna escepcion, y asi vemos que en Inglaterra, Suiza, y los Estados-Unidos, han estallado, y aun pueden estallar insurrecciones, por mas que en esos paises haya muy buenos gobiernos. Los Estados de la Union han sido en estos últimos años el teatro de una revolucion terrible, cuya causa principal fué la tiranía que los colonos ricos del Sur, ejercian sobre sus esclavos, tratando de estenderla por todo el país.

La tiranía moral ó material es siempre causa de la revolucion, y nadie podrá negar que en Roma dominan la una y la otra, y allí es donde ejercen su irritante despotismo los prelados que han permitido al estrangero pisar á Italia, vendiendo á la nacion miserablemente. Esta es para mí la mas depravada de todas las tiranías.

Era una oscura noche del mes de octubre, soplaba un viento muy fuerte, y la lluvia que cayera sin cesar durante algunos dias, habia formado estensos pantanos en las orillas del Tiber, convirtiendo los arroyos en torrentes.

En varios botes que se deslizaban silenciosamente por el rio, un atento observador hubiera podido ver setenta hombres armados de puñales, revolwers y carabinas, setenta héroes que se proponian seguramente penetrar en la ciudad eterna.

En Roma debia estallar aquella noche una rebelion.

El dia antes habian llegado ya muchos de los mas valerosos jóvenes de todas las provincias italianas, y nuestros antiguos amigos Attilio, Muzio y Horacio, seguidos de sus compañeros, estaban esperando el momento de ponerse á la cabeza de los insurrectos.

Inútiles habian sido los esfuerzos del clero para descubrir á los conspiradores, pues apesar de hallarse ya arrestadas numerosas personas sospechosas, estaban en libertad muchos hombres valerosos resueltos á sacrificarse para alcanzar la libertad de su país.

Los setenta hombres de que hemos hablado, acudian presurosos en auxilio de sus hermanos, y favorecidos por la oscuridad, pudieron desembarcar á eso de la media noche del 22 de octubre de 1867.

Entonces, Enrique Cairoli, que era el gefe de aquellos héroes, les dirigió las siguientes palabras:

—Será conveniente que descansemos un poco en el *Casino de la Gloria,* hasta recibir aviso de nuestros aliados de la ciudad, á fin de que el ataque sea simultáneo, pero antes de seguir adelante debo advertiros, que la empresa es muy peligrosa, y por lo tanto, mas digna de vosotros. Así, pues, si entre los que me siguen hay alguno que no se sienta con fuerzas para acometerla, ó esperimente el menor temor, á ese le suplicaré que se retire, pues esto no es un crímen. Al que se despida de nosotros solo le rogaremos que nos vuelva á ver á Roma.

—Os seguiremos hasta la muerte, contestaron á la vez aquellos intrépidos jóvenes.

Ni uno solo se movió de su puesto.

—El guia que esperábamos para conducirnos á Roma no ha venido aun, dijo Giovanni Cairoli, que acababa de llegar en aquel instante de hacer un reconocimiento por órden de su hermano.

Empezaba á romper el dia, y los valerosos jóvenes se hallaban muy cerca de los puestos avanzados de las tropas Pontificias, por manera que estaban muy espuestos á ser atacados de un momento á otro.

—¿Y qué importa que no haya venido el guia? contestó Enrique Cairoli á la observacion de su hermano; aquí hemos venido para batirnos, y no nos volveremos sin cumplir con nuestro deber.

Poco antes del medio dia llegó un mensagero de Roma, anunciando que el movimiento intentado la noche anterior, no habia podido tener lugar, y que los conspiradores estaban esperando órdenes para lanzarse á la lucha.

Los Cairolis despacharon acto continuo al mensagero, encargándole dijera á sus amigos de la ciudad que los *Setenta* estaban dispuestos á prestar su auxilio cuando fuese necesario.

A las cinco de la tarde no se habia recibido aun aviso alguno, y habiendo sido descubiertos nuestros jóvenes, viéronse atacados por dos compañías de las tropas Pontificias, pero el valeroso Giovanni Cairoli, que á la cabeza de 24 hombres de que se componia la vanguardia, se hallaba parapetado en una casa del pueblo, consiguió tener á raya al enemigo, hasta que llegando su hermano, rechazaron valerosamente á las tropas mercenarias, las cuales emprendieron la fuga sin poder resistir el ímpetu de aquellos bravos.

Reforzadas con otras compañías de refresco, las tropas Pontificias se atrincheraron en las alturas del monte San Julian, desde

donde rompieron un fuego tan destructor contra sus enemigos, que no pudiendo resistirlo por mas tiempo, las Cairolis y sus compañeros resolvieron atacar la posicion á la bayoneta para terminar de una vez la batalla. Poco despues, los mercenarios del Papa abandonaban el campo, dejando en él sus muertos y heridos; los jóvenes soldados de la libertad perdieron, sin embargo, á su heróico jefe y amigo, y muchos quedaron heridos gravemente. No se terminó el combate hasta ya entrada la noche.

¿Y qué hacian entre tanto en Roma, Cucchi y los numerosos patriotas reunidos allí para luchar por la sagrada causa de la libertad? Cucchi, natural de Bergamo, era uno de los primeros hombres que la revolucion habia dado á Italia; intrépido, jóven y rico, pertenecia á una de las principales familias de Lombardía, y reconociendo sus revelantes cualidades, Guezzoni, Bossi, Adamoli y otros muchos, despreciando los peligros, dirigieron la insurreccion de Roma poniéndose á las órdenes de aquel intrépido ciudadano.

El desgraciado pueblo se mostró dispuesto á obedecer los mandatos de aquellos valientes jóvenes, y pidió armas, mas apesar de que se habian enviado muchas de diversos puntos de Italia para los voluntarios, el gobierno de Florencia encontró medio de impedir que llegasen á Roma, y así es que no se pudo dar á todos los ciudadanos lo que pedian.

Añádase á esto que se habia prometido formalmente al pueblo que el ejército de Italia, que estaba en la frontera, acudiria en su auxilio, pero despues de haber esperado inútilmente, no llegó refuerzo alguno.

¡Pobres romanos! aun cuando no tenian mas que algunas armas viejas, lucharon valerosamente en las calles contra una numerosa soldadesca, apoyada por curas, esbirros y polizontes, y en vano trataron de resistir el nutrido fuego de las nuevas carabinas de los mercenarios.

Attilio, Muzio, Horacio, Silvio y Gaspar, se reunieron en Trastevere con la gente que quedaba de los trescientos, y con tan buenos jefes, el pueblo cumplió allí con su obligacion, dando una prueba de su arrojo y de su bravura.

Los carabineros, los zuavos y los dragones fueron acometidos furiosamente por los ciudadanos en medio de las calles, mientras los vecinos les arrojaban desde las ventanas y balcones cuanto les venia á la mano, y no pudiendo las tropas resistir á sus enemigos, huyeron hácia el puente de San Angelo. Este punto, que estaba defendido por una batería y un regimiento de zuavos, hubiera sido atacado tambien por el pueblo, que perseguia á los que iban á refugiarse en el puente, pero antes de llegar unos y otros, el jefe de aquellas fuerzas mandó hacer fuego, y los seis cañones de la batería, barrieron completamente el camino, causando numerosas víctimas, así entre los perseguidos como entre los perseguidores. ¿Qué le importaban á su Santidad las vidas de sus esbirros y de sus mercenarios? El dinero de los traidores de Italia estaba á su disposicion para comprar otros; lo mas esencial era aniquilar á muchos de los hijos de Roma. Numerosos fueron los rebeldes que perdieron la vida en aquel puente fatal, pues escitado por su entusiasmo, el pueblo intentó apoderarse de él tres veces consecutivas, y otras tantas fué rechazado sin poder resistir el horroroso fuego que le aniquilaba.

Como era de esperar, á la cabeza de los que atacaban el puente, hallábanse nuestros cinco héroes que se batian como leones. Solo á su arrojo se debió que la lucha se prolongase tanto; hiciéronse verdaderos prodigios de valor, que escitaban la admiracion hasta de los mismos enemigos, mas no era posible vencer. El primero que mordió el polvo fué el venerable príncipe de los bosques, el intrépido Gaspar, pero murió como mueren los valientes, con la sonrisa en los labios y lanzando una mirada de desprecio á sus enemigos.